

# Aguas aéreas

## A. E. Housman y la poesía

David Huerta

...reconoceríamos cualquier objeto por los síntomas que provoca en nosotros. Uno de estos síntomas fue descrito, relacionado con otra clase de objetos, por Eliphaz el Temanita, de esta manera: “Un espíritu, una sombra pasó por mi cara, y el vello de mi carne se me puso de puntas”.

A. E. HOUSMAN, EN 1933

El poeta y clasicista inglés Alfred Edward (“A. E.”) Housman (1859-1936) fue, según se sabe, un hombre amargo y solitario. El delgado tomo de versos titulado *A Shropshire Lad* (“Un muchacho de Shropshire”, 1896) le dio fama perdurable, y no nada más por razones poéticas: entre sus líneas, exquisitamente trabajadas, podía descubrirse una intensa pulsión homosexual, centro de sus vigilias y ensueños. Pero Housman tenía a su disposición otros mundos: junto a la atormentada sexualidad, estaban en su vida la pasión erudita por la antigüedad latina y un interés enorme, acendrado, preciso, por la prosodia y la versificación. La vida campestre y la sombra de la guerra pueblan las páginas de ese breve volumen. La edición de *A Shropshire Lad* en mi bibliotecita (Cameo Classics; Nueva York, 1932) tiene en la portada un bonito grabado blanco, en relieve, de Johann Gutenberg, admirado evidentemente, como santo patrono de su oficio de impresores, por los editores norteamericanos de la más famosa obra housmaniana. Ese grabado le añade encanto al libro, para mí, al menos.

Housman fue conocedor de la literatura de Roma y son legendarias, aun ahora, sus severas ediciones filológicas; una de ellas, la del poeta astronómico Marco Manilio, personaje de la época augustea. El escaso interés de los versos de Manilio ha permitido a algunos colegas suyos dis-

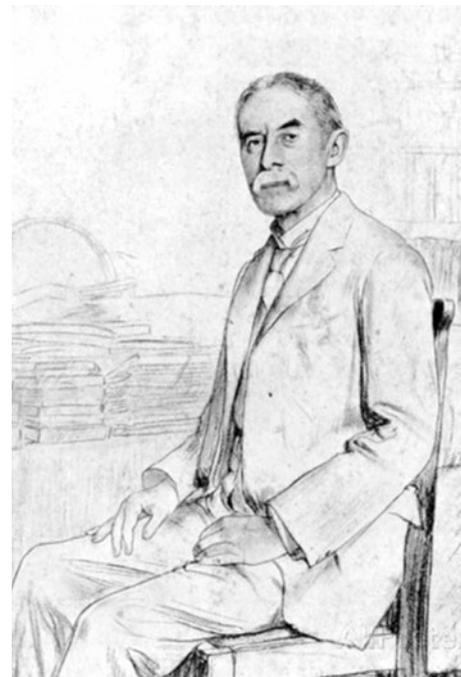
cernir, en la dedicación de Housman por ese oscuro personaje y autor, un leve asomo de masoquismo. Extraña forma de autocastigo: editar a un autor antiguo incapaz de inspirarnos el menor entusiasmo.

Las fechas de nacimiento y muerte de Housman lo presentan a nuestros ojos como un personaje de tiempos múltiples: vivió la última fase de la época victoriana, fue testigo de la Primera Guerra Mundial y experimentó los años de la entreguerra. Falleció hace ocho décadas, el año del asesinato de Federico García Lorca en Granada.

Como filólogo y estudioso, Housman tenía un acerado talante de polemista. George Steiner cita en alguna de sus páginas un puñado de sus frases cortantes, hirientes, para juzgar las fallas de sus colegas; por ello era temido y respetado. Steiner lo compara con Vladimir Nabokov, nada menos. El novelista ruso y el filólogo inglés son conocidos por sus robustos malos humores, mucho más ampliamente el novelista de *Lolita*, desde luego; Housman no es tan conocido, pero no consigo hacerme una idea clara de su fama o ausencia de fama en el orbe de su propia lengua.

La poesía de Housman es de una engañosa sencillez; escribió poco y muy bien; fue tan exigente consigo mismo como lo era con los demás. Su conocimiento de los secretos del verso inglés resulta evidente aun para el más distraído lector de sus poemas; debe poseerse, claro, una mínima familiaridad con esa lengua literaria.

Un haz de páginas reflexivas firmadas por él —en su origen son una conferencia dictada en la Universidad de Cambridge el 9 de mayo de 1933— me ha acompañado durante largos años; pongo aquí el título de ese ensayo, traducido al español, pues lo he leído y releído todo este tiempo en



A. E. Housman

la traducción de Octavio G. Barreda: *Nombre y naturaleza de la poesía*. De esa traducción poseo dos ediciones: la de Letras de México, de 1945; la española, de la editorial Pre-Textos, de 1997. No soy bibliófilo ni mucho menos, pero doy estos datos menudos para dejar constancia de mi fidelidad al pensamiento poético de Housman.

La figura de Housman no tiene una presencia notoria en la historia literaria y las antologías suelen ignorarlo; eso no significa sino una de las más enconadas formas de la incompreensión: una fama desvaída, mediana. A pesar de ello, y por su afilada inteligencia, Housman hace un papel extraordinario ante autores de inmensa celebridad, como André Gide y T. S. Eliot. Su brevísima relación con Gide es extremadamente divertida e ilustra el diálogo literario, o mejor aun, el desencuentro de dos naciones europeas de innegable proyección: los países natales de los escri-

tores que lo protagonizan. Lo cuenta el propio Gide en el prólogo de una antología de la poesía francesa hecha por él mismo y publicada en la benemérita colección de La Pléiade en 1949, año de enorme interés para mí.

En 1917, Gide fue invitado a una comida en la Universidad de Cambridge, posiblemente para homenajearlo o darle la bienvenida en gran forma —no lo dice, pero podemos suponerlo—. El inmenso escritor francés no se sentía, sin embargo, muy cómodo: su desempeño en la lengua inglesa, según él mismo confiesa, no era nada bueno. Lo sentaron a un lado de A. E. Housman, a quien admiraba por *A Shropshire Lad*. Ninguno de los dos abrió la boca durante un largo rato; Gide por su inseguridad con el inglés, y sabe Dios la razón en el caso de Housman. Gide hubiera querido decirle al inglés su admiración por los hermosos y tristes poemas del libro de 1896; además, estaba al tanto de la sabiduría filológica y los conocimientos de latinista consumado de su vecino en la mesa. De pronto, con un gesto repentino, Housman se volvió hacia Gide y en un “*français impeccable*” y casi sin rastro de acento, le preguntó:

—¿Cómo explica usted, señor Gide, que no haya poesía francesa?

Grande fue el desconcierto de André Gide. No es difícil imaginarlo. Housman lo percibió y ofreció una explicación:

—Inglaterra tiene su poesía, Alemania tiene su poesía, Italia tiene su poesía. Francia no tiene poesía...

¿Era la broma descomunal de un mal anfitrión? ¿Era ignorancia, apenas concebible en un hombre de la talla intelectual de Housman? Como si hubiera sentido en el aire esas graves conjeturas, Housman dijo lo siguiente:

—Oh, ya lo sé; ustedes tienen a Villon, a Baudelaire...

Gide se dio cuenta de por dónde iba la cosa y como para asegurarse le dijo:

—Puede usted añadir a Verlaine.

—Seguramente —respondió el poeta inglés—; hay otros, además. Los conozco. Pero entre Villon y Baudelaire, un constante y dilatado menosprecio ha hecho que se consideren como poemas discursos rimados donde puede encontrarse ingenio,

elocuencia, virulencia, *pathos*, pero nunca poesía.

El diálogo es de una riqueza y de una energía formidables. Ante la última intervención de Housman, Gide sintió la obliación, muy natural, de preguntar sobre el ser mismo de la poesía: *qu'est-ce que la poésie?* Esa pregunta Housman se la habría de plantear (y responder) en la conferencia de 1933, traducida por Octavio G. Barreda.

La melancolía ante la guerra y ante la muerte es una especie de guía de *A Shropshire Lad*. No es difícil entender cómo, publicado catorce años antes del comienzo de la Primera Guerra Mundial, encontraría sus más fervorosos lectores entre los combatientes ingleses de las trincheras, muchos de ellos muchachos provincianos de origen campesino, como los personajes de los poemas del libro. Robert Lowell habla de la visión profética de Housman; es, dice el poeta norteamericano, como si hubiera adivinado el Somme. Hay por allí traducciones al español, desconocidas para mí; me quedo, sin embargo, con los pasajes traducidos genialmente por Antonio Alatorre en *La tradición clásica*, de Gilbert Highet (Fondo de Cultura Económica). Highet debió de leer muy bien al poeta Housman, pero sobre todo al editor de textos clásicos: Juvenal, especialidad de Highet, fue materia de estudio y de trabajo ecdótico para Housman. Este tradujo espléndidamente a Horacio, y editó a Propertius. En una modesta antología de literatura latina, convertida por mí en vademécum durante cierta temporada juvenil, Highet y Housman están separados únicamente por Horacio, en el índice onomástico del libro.

Y, en fin, ¿cómo aborda Housman la grave pregunta de Gide en Cambridge sobre el ser de la poesía? He aquí un pasaje de *Nombre y naturaleza de la poesía*, en la traducción mexicana de Octavio G. Barreda:

Los poemas muy rara vez consisten sólo de poesía; y el placer de su lectura puede bien obtenerse de los otros ingredientes que los forman. Estoy convencido de que la mayor parte de los lectores, cuando se imaginan que están admirando poesía, son defraudados por su inhabilidad para analizar sus

sensaciones, y de que lo que realmente admiran no es la poesía del pasaje frente a sus ojos, sino otra cosa ahí contenida, que les gusta más que la poesía.

El epígrafe de esta *agua aérea* proviene de *Nombre y naturaleza de la poesía*. Es la noticia de Housman sobre una encuesta de los Estados Unidos en la cual pedían definiciones de la poesía. Housman echa mano de algunas descripciones y las pone al lado de los estremecimientos de Eliphaz el Temanita, amigo sabio de Job cuyo discurso puede leerse en el Antiguo Testamento. Ese erizamiento de la piel sería uno de los signos anunciadores de la presencia de la poesía; otro sería la sensación de un nudo en la garganta y los ojos rasados en lágrimas. Housman añade un tercer síntoma y se vale para ello de una cita: un hermoso pasaje de las cartas de John Keats citado para ilustrar esos síntomas físicos de la poesía; son palabras plena e intensamente románticas, lo advierto, para edificación de las muchedumbres indefinidas, como diría simpáticamente Agustín García Calvo; he aquí a Keats:

...hay un tercero [*Housman habla de los síntomas*] que sólo podría describir con la ayuda de una frase de Keats contenida en una de sus cartas, en donde dice, hablando de Fanny Brawne, “cualquier cosa que me trae el recuerdo de ella me atraviesa como una lanza”.

Cuánto me gustaría citar aquí, y comentar, las traducciones housmanianas de Antonio Alatorre y hablar, también, de las ideas de T. S. Eliot y Housman ante la poesía religiosa, interesantísimas, y en las cuales podría comparecer el propio Alatorre, desde luego. Sería iluminador, además, creo, decir unas cuantas cosas sobre la breve selección hecha por Alan Hollighurst de la poesía de Housman (Faber & Faber, 2001) y desmenuzar su inteligente prólogo. Son, todas ellas, tareas pendientes con A. E. Housman. Dejo para el final de estos renglones la principal de ellas: no he leído, pero algún día leeré la obra teatral del admirable Tom Stoppard en la cual aparece Housman como protagonista: *The Invention of Love*. **U**